



Código documento: 045cas
Nombre documento: Relatos y cuentos: El chorizo volador
Idioma: Castellano
Fecha creación: 3 de agosto de 2009
Autor: Gregorio de Zaragoza

El chorizo volador

Hontanas islote del Camino en donde la paz de la vida sencilla, se respira hasta casi ahogar a los que estamos acostumbrados al bullicio de las ciudades. Hontanas con su Fuente de la Estrella de agua fresca y pura que tiene su poema y que nos lo recita un anciano de aspecto descuidado, encogido y despistado, que se siente obligado a hacer comprender al resto de mortales, que pasamos por su puerta, que quién beba de la Fuente de la Estrella la recordara cuando tenga sed a la hora de su muerte y en su agonía deseara volver a beber de ella. Trágico mensaje de gente sencilla que comprende la muerte como la continuación de la vida.

En mayo del 97 por esos lugares, me ocurrió una anécdota de la que pienso que sirve como relato fantástico y que se podría llamar "El perro escrupuloso" o quizás... "El chorizo volador", y veréis por qué.

En esa ocasión a la salida de Burgos empecé a ver carteles hechos en fotocopiadora que más o menos decían:

iPeregrino! si quieres descanso, buena comida y buen vino, lo encontraras en Lontano, en Casa Bernardino.

Ya me habían hablado de la sopa castellana y las costillas de Bernardino y era tal la insistencia de los carteles que estaba deseando llegar a Lontano para comer en su casa.

La entrada al pueblo es por la calle principal, ya que es un típico pueblo del Camino y fui mirando a un lado y otro de la calle para localizar al mentado Bernardino.

Miro un poco hacia adelante y veo un perro sentado a la sombra.

Conforme me voy acercando a ese lugar, desde una ventana sale disparado un objeto pardo que, en principio, no reconozco. El perro se levanta y da dos pasos en dirección al objeto que resultó ser un trozo de chorizo mordido, lo olisquea, suelta un gemido y sale huyendo sin probarlo.

Algo separado de la pared doy unos pasos y miro por la ventana de la que ha salido el chorizo volador y veo a un señor mayor que está volcando en un puchero los restos de un plato de sopa, a la vez que se limpia minuciosamente la mano derecha en su chaqueta mugrienta, otros dos pasos más y un cartelón de madera nos sitúa ante la incuestionable realidad, CASA BERNARDINO. Sin disminuir el paso seguí andando hasta el pueblo siguiente y ese día hice comida/cena a las seis de la tarde.

Gregorio de Zaragoza